



El velero de cristal

José Mauro de Vasconcelos

Título original: *O Veleiro de Cristal*

© Copyright (1958) Editora Melhoramentos Ltda., Brasil

Comentario literario: Luiz Antonio Aguiar

Ilustraciones: Jayme Cortez

Traducción: Haydée M. Jofre Barroso, Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina y España

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2020

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Edición: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Diseño de tapa: Silvana López

1ª edición en Editorial El Ateneo: junio de 1978

1ª edición escolar: marzo de 2020

ISBN 978-950-02-1053-9

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en marzo de 2020.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Vasconcelos, José Mauro de

El velero de cristal / José Mauro de Vasconcelos ; comentarios de Luiz Antonio Aguiar. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :El Ateneo, 2020.

144 p. ; 19 x 14 cm.

Traducción de: Mónica Ploese ; Haydée M. Jofre Barroso.

ISBN 978-950-02-1053-9

1. Narrativa Infantil y Juvenil Brasileira. 2. Novela. I. Aguiar, Luiz Antonio, com. II. Ploese, Mónica, trad. III. Jofre Barroso, Haydée M., trad. IV. Título. CDD 869.39282



EL
VELERO DE
CRISTAL

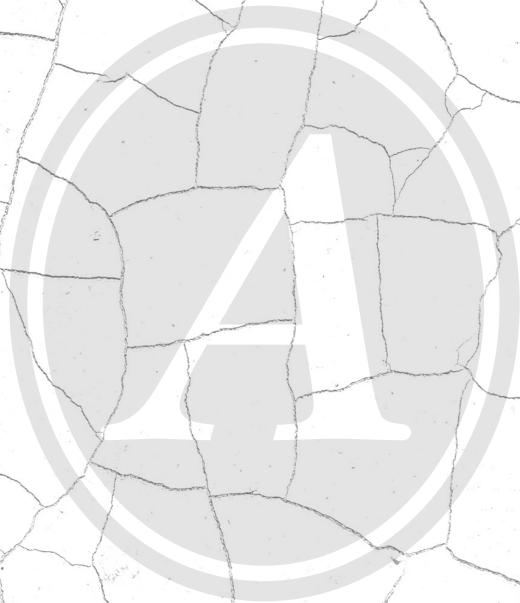


Ilustraciones de Jayme Cortez

**Edición
escolar**

José Mauro de Vasconcelos

 **Editorial El Ateneo**



El autor

José Mauro de Vasconcelos nació el 26 de febrero de 1920, en Bangu, Río de Janeiro. Proveniente de una familia sumamente pobre, de niño debió vivir con unos tíos en Natal, capital de Río Grande del Norte, donde pasó su infancia y su juventud. A los 9 años, el pequeño se entrenaba nadando en el río Potengi, en la misma ciudad, y soñaba con ser campeón. También le gustaba leer, principalmente las obras de Paulo Setúbal, Graciliano Ramos y José Lins do Rego; estos dos últimos, importantes autores regionalistas de la literatura brasileña.

Las actividades de la infancia de De Vasconcelos serían la base de toda su vida: el espíritu aventurero, el deporte y, al mismo tiempo, la literatura, el hábito de escribir, el cine, las artes plásticas, el teatro; la sensibilidad y el vigor físico juntos. Se convertiría en un hombre brillante, aunque muy sencillo, lejano a la Academia de Letras.

Estando aún en Natal, cursó dos años de Medicina, pero no aguantó: su personalidad inquieta lo impulsó a regresar a Río de Janeiro, a bordo de un carguero. Una sencilla valija de cartón era todo su equipaje. A partir de aquella ciudad, comenzó una peregrinación por el resto del Brasil: fue entrenador de box y estibador de banano en la capital carioca, pescador en el litoral fluminense, maestro de primaria en un centro de pescadores en Recife, mozo en San Pablo. . .

Toda esta experiencia, asociada a una memoria y una imaginación privilegiadas y a una enorme facilidad para contar historias, dio como resultado una obra literaria de calidad, reconocida internacionalmente: 22 libros, entre novelas y cuentos, con traducciones publicadas en Europa, los Estados Unidos, América Latina y Japón, algunos de los cuales tuvieron versiones cinematográficas y teatrales.

Su primera obra, *Banana brava* (1942), retrata a un hombre embrutecido en las minas del sertón de Goiás, en el centro-oeste del Brasil. A pesar de que la novela recibió algunas críticas favorables, no tuvo éxito. Enseguida llegó *Barro Blanco* (1945), que tiene como telón de fondo las salinas de Macau, ciudad de Río Grande del Norte. Surgía, entonces, la vena regionalista del autor, que continuaría con *Arara Vermelha*, 1953; *Harina huérfana* (*Farinha Órfã*), 1970 y *Lluvia de la noche* (*Chuva Crioula*), 1972.

Su método de trabajo era peculiar: elegía los escenarios de sus historias y entonces se trasladaba allí. Antes de escribir *Arara Vermelha*, recorrió cerca de 3000 kilómetros a través del sertón, haciendo estudios minuciosos que serían la base de la novela. A los periodistas, les decía: “Escribo mis libros en pocos días. Pero, en compensación, paso años rumiando ideas. Escribo todo a máquina. Hago un capítulo entero y después releo lo que escribí. Escribo a cualquier hora, de día o de noche. Cuando estoy escribiendo, entro en trance. Solo paro de golpear las teclas de la máquina cuando me duelen los dedos”.

La enorme influencia que ejerció en su vida el haber convivido con los indígenas (acostumbraba a viajar al “medio de la selva” por lo menos una vez al año) no tardaría en aparecer en su obra. En 1949 publicó *Lejos de la tierra* (*Longe da Terra*), donde cuenta su experiencia y señala los prejuicios sobre la cultura indígena producidos por el contacto con los blancos. Fue el primero de una larga lista de libros indigenistas: *Raya de fuego* (*Arria de Fogo*), 1955; *Rosinha, mi canoa*, 1962; *El padrillo* (*O Garanhão das Praias*), 1964; *Las confesiones de fray Calabaza*, 1966; *Kuryala: capitán y carajá* (*Kuryala: Capitão e Carajá*), 1979.

Dicha producción nació de una importante actividad que el aún joven escritor realizó con los hermanos Villas-Bôas, sertanistas e indigenistas brasileños, internándose en el sertón de la región de Araguaia, en el centro-oeste del Brasil. Los hermanos Villas-Bôas —Orlando, Cláudio y Leonardo— lideraron

la expedición Roncador-Xingu, iniciada en 1943, que unió el Brasil interior al litoraleño. Hicieron contacto con pueblos desconocidos, cartografiaron territorios, abrieron rutas en el Brasil central.

El libro *Rosinha, mi canoa*, en el que contrapone la cultura del sertón primitivo a la cultura predatoria y corruptora del blanco que se dice civilizado, fue su primer gran éxito. Aunque la obra que alcanzaría el mayor reconocimiento del público llegaría seis años más tarde, con el título de *Mi planta de naranja lima*. Relato autobiográfico, el libro narra la historia de un niño pobre que, incomprendido, huye del mundo real a través de los senderos de la imaginación. La novela conquistó a los lectores brasileños, del extremo norte al extremo sur, y rompió todos los récords de ventas. En esa época, el escritor afirmaba: “Tengo un público que va de los 6 a los 93 años. No solo aquí, en Río de Janeiro o en San Pablo, sino en todo el Brasil. Mi libro, *Rosinha, mi canoa*, se utiliza en los cursos de Portugués en la Sorbona, en París”.

Lo que más impactaba a la crítica era el hecho de que el libro hubiese sido escrito en apenas 12 días. “Sin embargo, estaba dentro de mí hacía 20 años —decía De Vasconcelos—. Cuando la historia está completamente terminada en la imaginación es cuando comienzo a escribir. Recién trabajo cuando tengo la impresión de que la novela está saliendo por todos los poros del cuerpo. Entonces, surge todo a borbotones”.

Mi planta de naranja lima vendió más de dos millones de ejemplares. Las traducciones se multiplicaron: *Barro Blanco* se editó en Hungría, Austria, la Argentina y Alemania; *Arara Vermelha*, en Alemania, Austria, Suiza, la Argentina, Holanda y Noruega; y *Mi planta de naranja lima* se publicó en alrededor de 15 países...

La inspiración autobiográfica continuó con *Vamos a calentar el sol* (1972) y *Doidão* (1973). *Lejos de la tierra* y *Las confesiones de fray*

Calabaza también presentan elementos que refieren a la vida del autor. La lista de sus obras incluyen, además, libros centrados en dramas existenciales –Marea baja (Vazante), 1951; Calle descalza (Rua Descalça), 1969, y La cena (A Ceia), 1975–, y otros dedicados a un público más joven, que abordan cuestiones humanísticas –Corazón de vidrio (Coração de Vidro), 1964; El palacio japonés (O Palácio Japonês), 1969; El velero de cristal (O Veleiro de Cristal), 1973, y El niño invisible (O Menino Invisível), 1978.

Junto al gaúcho Érico Veríssimo y al bahiano Jorge Amado, De Vasconcelos fue uno de los pocos escritores brasileños que podían vivir exclusivamente de los derechos de autor. Sin embargo, su talento no brillaba solo en la literatura.

Además de escritor fue periodista, conductor radial, pintor, modelo y actor. A raíz de su buen porte, representó el papel de galán en varios filmes y telenovelas. Obtuvo premios por su actuación en Carteira Modelo 19, A Ilha y Mulheres e Milhões. Asimismo, modeló para el Monumento à Juventude, esculpido en el antiguo Ministerio de Educación, en Río de Janeiro, en 1941, por Bruno Giorgi (1905-1993), escultor brasileño reconocido internacionalmente.

Solo en un área no tuvo éxito: la academia. En la década de 1940, hasta llegó a ganar una beca de estudio en España, pero después de una semana decidió abandonar la vida académica y recorrer Europa. Su espíritu aventurero se impuso.

El éxito del autor se debe, principalmente, a la facilidad de comunicación con sus lectores. De Vasconcelos explicaba: “Lo que atrae a mi público debe de ser mi simplicidad, lo que yo creo que es simplicidad. Mis personajes hablan en lenguaje regional. El pueblo es simple como yo. Como ya dije, no tengo ninguna apariencia de escritor. Mi personalidad es la que se expresa en la literatura, mi propio yo”.

José Mauro de Vasconcelos falleció el 24 de julio de 1984, a los 64 años.

Prólogo

La galería se enriquece

Efectivamente. La galería de personajes de José Mauro de Vasconcelos se enriquece con la incorporación de un nuevo personaje: Edu, el triste y desdichado protagonista de El velero de cristal.

Esta vez no se trata de un niño sumergido en la miseria (Zezé, Mi planta de naranja lima), ni del pequeño que va encaminándose hacia la adolescencia y el descubrimiento de la vida (Zezé, Vamos a calentar el sol), ni del adolescente en lucha contra los otros y con la existencia misma (Zezé, en los libros que siguen al personaje clave de la narrativa de Vasconcelos). No; esta vez se trata de un pequeño despegado de su núcleo familiar habitual; alguien que también cumple el mandato del descubrimiento de la vida desde la peor de las perspectivas: su condición de lisiado. Y así vamos asistiendo al mundo imaginario de Edu, compartiendo con él tanto sus fantasmagorías como sus sueños y sus esperanzas, casi nunca concretados, y ¿cómo así, si el destino ya está marcado y en él no tienen lugar los milagros de la rutina?

Y vamos compartiendo su dolor ante la indiferencia de su familia y el desamor de la madre por ese niño incapacitado casi de valerse por sí mismo, monstruosamente feo porque es deforme e incomparablemente bello porque es bueno y rico en imaginaciones. Estoy segura de que no habrá madre, y todas las mujeres lo son aunque no tengan hijos, que no se sienta mortificada por esa figura egoísta e indiferente de la madre, que cruza el libro sin presencia física, pero pesa tanto en la almita conmovida y esperanzada de Edu. Que no habrá madre que no se ponga en abierta rebelión sintiéndose capaz

de llegar al odio hacia esa mujer escurridiza para el lector que no la “ve” en el libro, y para el hijo que sabe que “cuando se tienen tan débiles las piernas y tan deforme la cabeza, no se puede aspirar al amor”. Pero, al mismo tiempo, también asistimos a la dedicación, a la ternura y a la comprensión de Anna.

Anna, su tía en la novela, pero mucho más que eso, la imagen de la mujer aguerrida y amorosa que centra su soledad sentimental en ese sobrino desdichado y se complace en dedicarle su vida.

Pero también hay otras cosas en el libro: el símbolo de las mágicas transferencias sentimentales de los seres; la vivencia de las esperanzas, a pesar de todas las pruebas en contra; la riqueza imaginativa de la niñez; el viaje maravilloso al país de los sueños, animados por una escéptica y tremendista lechuza embalsamada, un paternal tigre de bronce que se erige en el piloto de los maravillosos desvaríos de Edu, un sapito inteligente con trazas de personaje humano, una cobra “retirada de la vida” que juega su papel de monja reclusa del mundo y auxiliar de los sufrimientos y dificultades ajenos; y todo un mundo de coloridos personajes que ilustran, a su manera, la filosofía de Vasconcelos. Porque en este caso, como en otros anteriores, Edu sirve al autor para dar salida y expansión a sus ideas sobre la humanidad, Dios y la vida; los tres puntos que atraen la atención apasionada del autor de tantas novelas exitosas en trece países y en distintos idiomas. (Sus criaturas, más afortunadas que algunos de sus lectores, yo entre ellos, hablan alemán, japonés, italiano, francés, inglés, polaco, sueco, noruego, húngaro, holandés y muchas otras lenguas. ¡Felices de ellas!).

Entre las ideas que signan el contenido de esta novela para chicos —pero que todos los grandes debieran leer—, sin veleidades de análisis científico, sin el subrayado de comentarios valorativos estrictamente intelectuales, José

Mauro de Vasconcelos mide la sociedad según el valor de las criaturas a las que da forma literaria, pero que él ha robado de la vida diaria. Más que nunca, crónica novelada de la diaria realidad, sus personajes y sus anécdotas implican, por su misma naturaleza de críticas, la sensibilización de su responsabilidad de escritor ante los elementos de crisis que surgen de lo que, veladamente me parece, es la contradicción entre los valores básicos del individuo y la realidad social en que está inmerso.

¿Cómo interpreta el autor de *El velero de cristal* esa situación que surge de la experiencia humana y común de la infancia, la relación paterno-infantil, el amor, la confianza, la desilusión, la extrañeza del niño y sus sueños de angustia y sus euforias de ilusión? Todo eso lo desarrolla en las tensiones amor-amistad, ilusión-deseesperanza, sueño-resignación.

Y todo en un ritmo in crescendo marcado por la unión de la Vida y la Muerte —¿qué es la vida de Edu sino la pendular situación de alguien que se debate entre uno y otro extremo, sabiendo con certeza su inminente final?—, en una suerte de paso de danza con un fondo de alegrías y tristezas, en una mezcla contrastada que roza el límite del tabú entre esperanza y espanto, como clave de una interpretación, a medias entre casídica y anglosajona, de la realidad —vida— y la irrealidad —más allá de lo real—. Es decir, como un significado simbólico de la antesala de la muerte.

No importa. El lector vivirá esta experiencia apasionante como la perfecta resurrección de un viejo cuadro de costumbres, al que los colores, misteriosamente fortalecidos, prestan la rehabilitación de su vigencia y la fuerza de su polémico contenido. Se sentirá partícipe de la trama, y, obviamente, tomará partido. Un hecho importante derivase de la lectura de *El velero de cristal*: la identificación del lector no ya con el protagonista de la novela y como es común que suceda en los libros de Vasconcelos, sino con otros

dos. Uno, que aparece marcadamente, pesando más por influencia que por presencia viva, es el de Anna: una identificación positiva, porque la relación entre lector-personaje, fluida y coherente, deja un saldo de ternura, de compasión y de solidaridad que la tornan positiva. La otra es la de la madre de Edu; una identificación negativa, porque aquí el lector rechaza y acaba por odiar a esta criatura que planea sobre el libro sin detenerse firmemente en él, y sin embargo se siente prisionero de ella en la medida en que sabe que su conducta condicionará la dicha del niño y la definición del libro: todo ello en un curioso movimiento de acercamiento, defensa y protección.

Acercamiento a Edu y rechazo a la madre; defensa de la criatura y de lo que ella simboliza—gracia, amor, imaginación, debilidad, fidelidad, fantasía, confianza—y protección de su pequeño y portentoso mundo. Un acercamiento que acaba disolviéndose en la nada, la muerte. Los distintos escenarios creados por Vasconcelos—que, en definitiva, tienen muy pocas variantes entre sí—corresponden a distintos planos del libro; la acción se desarrolla casi siempre ordenadamente, y en escenas cortas, pero plenas de contenido. Por sobre todo, con una voz bíblica que desde lo alto, a través de los distintos niveles, se entrelaza, mezcla, revuelve y torna a separar la magia y la realidad, el autor domina toda esta complejidad.

Un dominio obtenido a través de la comprensión de su verdadera finalidad de padre literario de sus criaturas y de lo que el lector quiere recibir EN su creación y DE su inventiva lo libra del peligro de volatilizar con complejidades el fin pretendido o de tornar dispendiosa—de esfuerzos e interés del lector—la tarea de seguirlo e interpretarlo.

Podríase decir, además, que el libro pinta un ambiente de aparente nostalgia que obliga al lector a leer con atención y a reflexionar críticamente, haciendo una revisión de los objetivos familiares y de las ideas pedagógicas.

Preocupaciones nunca ajenas a este José Mauro de Vasconcelos que ha probado su inquietud al respecto con su militancia paternal —es padre adoptivo de varios niños, por cuya suerte se interesa y cuyas necesidades cubre holgadamente— y su temática rectamente dirigida a los pequeños, en una gran parte de su producción literaria.

De una manera clara y convincente se va narrando esta historia del desamor y del misterio, a la manera tradicional vasconceliana: con pocos elementos retóricos, desprovista de subterfugios para ganar el interés del lector, con numerosos elementos fantásticos, un mínimo de sofisticados recursos literarios y un máximo de veracidad y humanidad.

Frases cortas, pulidas, dosifican los distintos matices y las diferentes “temperaturas emocionales” del tema. Un vocabulario correcto colocado a su servicio y siempre leve: desprovisto de la densidad que a él le hubiera sido innecesaria. La adjetivación bien medida también es el elemento auxiliar de una prosa que se siente segura y se torna comunicativa para el lector.

En resumen ¿qué es *El velero de cristal*? ¿Qué representa para el público de José Mauro de Vasconcelos? ¿Qué añade a la literatura de nuestro tiempo?

En primer lugar, significa la evasión del autor de la saga de Zezé. Constituye un prolijo ejemplo de lo que es un buen libro para niños, que no hace concesiones a su público infantil y se comunica con él por el vehículo de la emoción. Simultáneamente, ejemplifica cómo se puede hacer buena literatura para niños, abierta a los adultos, sin resultar melodramática, tediosa ni almibarada. Sensibilizada, sí; pero sin mojigatería. Es la historia de un niño desdichado que se convierte en el símbolo —¿habrá sido intención del autor, me pregunto, o su acierto se debe al acaso?— de la evasión del hombre a través del sueño, de la magia de la imaginación y de la poesía de lo imposible.

En segundo lugar, los lectores del autor de *Mi planta de naranja lima* reencuentran su estilo y su sensibilidad de “contador de historias”, obteniendo a través de personajes inéditos y de anécdotas no conocidas en su obra creativa la versión fiel de su interés de escritor por la necesidad de la pequeña cuota de magia necesaria al hombre y que el narrador tiene la obligación de aportar a la tediosa y descolorida “vida real”.

En tercer lugar, este libro devuelve a la literatura de nuestro tiempo los valores humanos y trascendentes y las preocupaciones eternas del hombre. “Literatura de compromiso” en su mejor acepción, porque ese compromiso se refiere a los sentimientos, a los derechos de los hombres a aportar los elementos afectivos que les permitan ser felices junto con otros hombres y con los deberes que los rigen, y que de alguna manera están condicionados por los tres pilares en los que se asienta la relación humana: el amor, la comprensión y la solidaridad. Novela contemporánea, responde a las acuciantes necesidades afectivas de siempre, y ante el enigma de las condiciones de la vida humana por venir ofrece claramente su definición, que equivale a una respuesta: solo el amor salvará al hombre.

Y cuando él lo deje huérfano, el sueño, la poesía y la ilusión ocuparán su lugar. Como en la vieja y sabia copla popular brasileña:

“Un sueño para animarme; una poesía para embellecerme;
una ilusión para hacerme fuerte:
y así venceré a la muerte”.

HAYDÉE M. JOFRE BARROSO

Para

Francisco Matarazzo Sobrinho

y

Fayez José Mauad





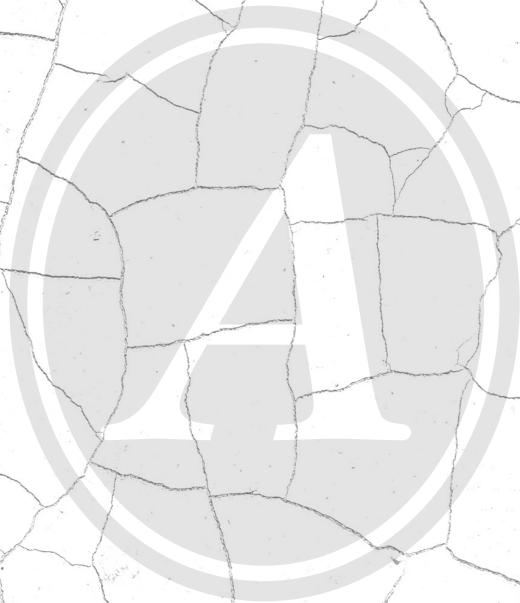
**PRIMERA
y ÚLTIMA PARTE**

Monólogo de la soledad

1

El viaje





Anna se abanicó con el pañuelo y se enjugó la transpiración de los brazos. A pesar de que la tarde comenzaba y el sol tendía a desaparecer, el calor continuaba reinando dentro del automóvil. Todo el viaje había sido hecho bajo el dominio del verano. Las ventanillas bajas dejaban penetrar un viento tibio y pesado.

Eduardo, recostado en el asiento, miraba impasible el cuello de Nonato, el chofer, que no parecía sentir el calor, como si formara parte o fuese la continuación del volante.

Anna miró los ojos semicerrados de Eduardo y sonrió, pasándole las manos por la frente húmeda.

—¿Cansado, querido?

—Un poco, tía. Pero me gusta este viaje.

—¿A pesar de todo este calor?

—A mí siempre me gusta más el verano.

Ella sonrió, comprendiendo:

—Es verdad. A ti siempre te gustó el verano.

Se calló, pensando en el sobrino. En el verano sus piernas no le dolían. Su cabeza parecía tornarse más leve y sus ojos sonreían siempre con alegría. En el invierno llegaba la tristeza. No quería levantarse, se quedaba todo el día encogido en la cama como si vegetase, y gemía mucho cuando era necesario colocarle los aparatos en los pies y las piernas. Además, estaba ese dolor de cabeza que le hinchaba los ojos. Todo lo que hablaba parecía ser la continuación de un gemido.

—¿Necesitas algo?

—No, tía. Muchas gracias.

Pero sí que tenía necesidades. Sentía la vejiga tan llena que dolía. Pero en la parada del viaje, cuando todos descendieron al restaurante, él se negó a ir. Prefería dejar de hacer pipí antes que transformarse en motivo de curiosidad y de pena.

—¿Todavía falta mucho, tía?

—Cuando bajemos la sierra tomaremos el camino. Calculo que más o menos una hora. ¿Estás cansado, no, hijo?

—No mucho.

—Cuando lleguemos a la ciudad tomaremos un camino particular que va subiendo; después, comienza el descenso y se avista la casa. ¡Mira, Edu, pocas veces vi una casa tan linda como esa! Tiene una piscina entre las piedras. Con cuidado, hasta podrás bañarte en ella.

—¿Crees que eso servirá para algo?

—Sin duda. Te pondrás fuerte, de buen color, bronceado y...

—¿Y qué, tía?

—Nada. Serás muy feliz. Yo estoy aquí para cumplir todos tus deseos. ¿No basta eso?

Desmañadamente acarició la mano de la tía en un gesto de afecto. Sabía el significado de su reticencia. ¡Pobre tía Anna, que ignoraba la mitad de lo que él descubriera! Pero nunca la afligiría.

La tarde estaba refrescando y un viento fresco penetraba en el automóvil. Cerró los ojos para pensar. ¿Cómo serían los caseros, el jardinero, el resto del personal? Todo lo que sucedería sería nuevo para él. Con el tiempo ellos se acostumbrarían, estaba seguro, y tía Anna había prometido que en la casa habría el mínimo de gente trabajando. Y cuanto tía Anna prometía no se podía dudar.

Una cálida somnolencia le pesaba. Debía de ser el mar cercano. Pero se negó a pedir que detuvieran el auto. Sería un trabajo penoso. Sentía quemarle el rostro, enrojecer pensando en la molestia que podría causar. Un poco más de paciencia y llegarían.

La noche reinaba ahora y los faroles del automóvil rasgaban las sombras del camino. Los árboles circundantes adquirirían un aspecto sombrío y asustador. Si miraba el cielo, la noche estaba brillante de estrellas.

—Estamos llegando a la ciudad. Voy a acomodarte mejor en el asiento, ¿quieres?

—No es necesario, tía. Ya estamos cerca. Lo peor ya pasó.

—¿No quieres ver la ciudad?

—Puedo verla así como estoy.

Sentía deseos de llegar pronto, de sentir el viento del mar más cerca de su cuerpo y de su cansancio.

Respiró aliviado cuando las luces fueron desapareciendo y sintió que tomaban el camino de una nueva carretera.

Ahora el auto iba más lentamente y el asfalto había desaparecido, cediendo lugar a un camino pedregoso y áspero.

—Estamos casi en lo alto de la sierra, ¿no es verdad, Nonato?

—Dentro de poco voy a parar y usted podrá ver el paisaje como la otra vez.

—Eso está muy bien. Así Edu podrá encantarse con la casa.

El auto disminuyó la marcha.

—Llegamos, doña Anna.

Frenó el vehículo y descendió, yendo en ayuda de la señora y el niño para que pudieran descender:

—Listo, Edu. Di orden de que dejaran toda la casa iluminada. ¡Y obedecieron! Nonato va a ayudarte.

Nonato lo sostuvo entre sus brazos mientras la tía Anna tomaba las dos muletas.

—Estoy un poco mareado.

—Es natural. Viajaste mucho tiempo sentado.

Eduardo suplicó:

—Tía, necesito quedarme un momento a solas con Nonato.

Anna sonrió en la oscuridad y se alejó hacia abajo, por el camino. Miraba el cielo, tan lindo y estrellado. Esperó pacientemente en esa contemplación hasta escuchar el pequeño ruido sobre la arena. El niño debía de haber sufrido mucho. Ahora todo estaba terminado.

Sabía que podía regresar. Lo hizo con calma.

—Vamos despacito hasta aquella parte más alta.

Apoyado en las muletas. Eduardo caminaba con cuidado; aun así, sentíase amparado por las manos de Nonato en sus espaldas.

Ahora el viento del mar castigaba los rostros.

—¿No es una belleza, Edu?

Como si estuviese anclada en la oscuridad, la casa aparecía toda iluminada.

—La primera vez yo no lo había notado, pero ahora, con más calma, veo que parece un barco anclado en un muelle.

Una sonrisa abrió el rostro de Eduardo.

—No, tía, no es un barco. Es más hermoso que eso. Con todas las luces encendidas, parece un velero de cristal.

